

Repercusiones de la Cumbre de las Américas en la relación Estados Unidos-América Latina y el Caribe

Fabián Novak

La reciente Cumbre de las Américas, celebrada en Ciudad de Panamá, entre el 9 y el 11 de abril del presente año, fue sin duda histórica por varias razones, entre ellas, por el encuentro entre el Presidente de los Estados Unidos de América, Barack Obama y el Presidente de Cuba, Raúl Castro, pero además, porque después de mucho tiempo, este escenario servía para un re-encuentro entre la gran potencia y los países de América Latina y el Caribe.

En efecto, después de largos años de enfriamiento e indiferencia, Estados Unidos ratificó en esta cumbre su deseo de un mayor acercamiento con la región. En este sentido, expresó en primer lugar, su deseo de estrechar y diversificar sus relaciones con los países de la Alianza del Pacífico, del cual Estados Unidos es miembro observador. En segundo lugar, señaló una serie de decisiones que serían adoptadas o impulsadas por su gobierno para recomponer sus relaciones diplomáticas con Cuba, como por ejemplo la exclusión de dicho país de la lista de Estados patrocinadores del terrorismo, medida que se estableció en 1982. Esta exclusión se materializó el pasado 29 de mayo, gesto que fue agradecido por las autoridades de la isla. En tercer lugar, el presidente Obama declaró a diversos medios de comunicación su deseo de recomponer las relaciones con Brasil, resentidas por diversos sucesos, entre ellos por el espionaje estadounidense a altas autoridades brasileñas, reiterando en tal sentido su invitación a la presidenta Dilma Rousseff para una visita oficial a los Estados Unidos. Asimismo, en cuarto lugar, el presidente estadounidense ratificó su propuesta para estabilizar América Central, especialmente el Triángulo Norte (compuesto por Guatemala, Honduras y El Salvador), mediante la implementación del denominado Plan Prosperidad, destinado a brindar apoyo económico a dichos Estados, para combatir eficazmente el narcotráfico y otros delitos transnacionales, lo que viene provocando serios problemas de migración hacia los Estados Unidos. Finalmente, Obama mostró su voluntad de acercarse a los países del Caribe, a quienes a principios de año visitó, con diversos ofrecimientos, entre ellos, apoyo para enfrentar su deuda externa, cooperación en el campo energético (reduciendo así la dependencia de estos países de Venezuela y Petrocaribe), incremento de la inversión estadounidense en los países que conforman el Caricom, etc.

Lo descrito en el párrafo anterior, fue especialmente importante, no sólo para consolidar esta nueva política exterior de Obama y Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, sino también para debilitar la influencia de Venezuela en la región, lo que quedó patentizado al momento de votar el proyecto de declaración final, en el que el país llanero quiso introducir a toda costa una condena contra los Estados Unidos por las medidas dictadas contra altas autoridades venezolanas por violar los derechos humanos de los opositores que se manifiestan en las calles. Así, más allá de los apoyos esperados, lo cierto es que Venezuela no contó con los votos necesarios, fundamentalmente del Caribe, para lograr su propósito, como sí lo hizo en UNASUR y el CELAC. A ello debemos agregar que Venezuela tampoco pudo alcanzar su propósito de que Estados Unidos retirara o, al menos ofreciera revisar las sanciones impuestas contra su gobierno, y, muy por el contrario, Obama fue enfático en reiterar que el gobierno de Nicolás Maduro no podía seguir reprimiendo a los civiles opositores venezolanos, como lo venía haciendo.

En síntesis, una cumbre importante en la que todos, salvo Venezuela, resultaron ganadores, incluso la OEA que recuperó su protagonismo.